

CAPÍTULO I

La historia de esta historia fue la de siempre, era la de siempre y sigue siendo la de hoy mismo: la historia de los miedos escondidos en las sombras del pasado de los hombres y las antiguas profecías sobrenaturales creadas por su propia evolución, a medida que tenía conciencia de lo que era capaz de conseguir en el mundo al que sin darse cuenta empezaba a dominar. Un viejo y ya, para entonces gastado mundo al que dejaba de tenerle miedo cuando al bajar de los árboles y dejar de comer hierba y vegetales empezó a dejar de ser un arbustivo mono más para empezar a convertirse en un hombre al aprender a comer la carne de otros seres vivos; que pasó a cazar como un depredador sin parangón con el paso de los milenios en las edades posteriores: pero pasando a ser un depredador que, en cierto modo y por su propia desidia, se convertiría en su propia presa al dejar de ser perseguido por depredador alguno en tiempos pasados para devorarse a sí mismo en pos de un ansia por la dominación de su entorno para conquistarlo todo a su paso. Entonces empezó a vivir, aun sin saberlo, y a escribir, y a temer los misterios inexplicables, sacrílegos o paganos, religiosos o dogmáticos pero siempre imposibles de creer o comprender y por ello, temidos irremisiblemente por él mismo.

Todo empezó, o al menos lo que nos atañe en esta parte de la historia siendo conscientes de ello; o al menos eso se cree,

o tal vez solo lo cree quien escribe esta historia: hace cientos de años en los campamentos de pobladores nómadas, saltimbanquis circenses descendientes de mil razas deshumanizadas por su propia forma de vida, que recorrían el mundo por caminos solitarios, prohibidos para el resto de la raza de los hombres que escribían las historias de sus propios temores en noches oscuras. Adivinadores y curanderos que se ocultaban para proteger y silenciar sus ocultas artes, malhechores en muchos casos y proscritos siempre, que encontraban refugio entre carromatos de gitanos, una de las más antiguas razas de hombres que por valerosos y desconocedores del miedo que aturdí los sentidos del resto de los hombres, al no temer por poder dominar aquellos oscuros miedos del antiguo pasado vivían rodeados de misterio en compañía de domesticadas fieras que quitaban el habla a los más atrevidos e infundían miedo en el corazón de los más valientes: haciendo imposible creer aquello que veían los crédulos o ilusos caminantes que se cruzaban en su camino allá en las poblaciones de la antigua tierra que un día sería conocida como Europa, por la que pasaban.

Aquellos nómadas eran gentes conocedoras del arte de persuadir a la justicia cuando el temor y la superstición de los hombres les acusaban de los males acaecidos a su alrededor para que no los persiguiesen y cesasen en sus pesquisas al deshacer los ánimos de la irracional multitud que puntualmente los podía acosar, acusar, juzgar sin juicio, y salvajemente condenar a una terrible muerte si eran capturados.

Aquellos eran otros tiempos, era otra época y, afortunadamente otro mundo donde la mezcolanza étnica hacía que no se le pudiese achacar a ningún pueblo la raíz de esos remotos pero nunca olvidados acontecimientos; el nacimiento de la leyenda, la resurrección del mito o la simple culpa de lo que después de aquellos siglos de sombras, de aquellos sucesos recaería sobre los hombros de la humanidad.

Entre aquel grupo de supervivientes nómadas sin hogar viajaba una exuberante joven de una raza sin determinar por presentar rasgos de todas ellas y una morfología difícil de definir: poseía una extrema belleza y era dueña de los más perversos deseos sexuales; de espíritu libre cuando fue niña e indomables impulsos siendo mujer, inquieta y transgresora des de antes de conocer el significado de los calificativos que la definían. Siempre fue contra corriente rompiendo normas o creándolas a su antojo. Así, siendo solo una niña que por su edad debía desconocer el mundo que la rodeaba se vestía de chico para dominar a los de más niños al tiempo que las niñas se sentían cohibidas bajo su mirada, y al ir creciendo como mujer iba moldeando el mundo que la rodeaba a su antojo: primero diciendo a cuan tos intentaban detener sus anárquicos pasos, que ella no hacía nada malo, y después, si lo hacía, consciente o inconscientemente; simplemente demostrando a todos que nadie podría nunca hacerla retroceder o desistir en su voluntad de vivir cual si estuviese por encima de todo y todos: más tarde ya no pudieron, aunque eso no lo consiguieron ni tan siquiera de niña, dominarla. Era una mujer insaciable, soltera porque ningún hombre se atrevía a pretender hacerla solamente suya, y feroz en la cama como una incansable devoradora de hombres.

Al poco de nacer murió su madre entre fuerte dolores provocados por el feroz ataque que sufriera meses atrás en la plenitud de su embarazo, por un viejo lobo solitario del que los ancianos del lugar por el que en aquellos días transitaban, decían que ya era un viejo devorador de hombres por ser tan viejo que no podía cazar sus presas naturales, cuando ellos aún eran niños; y nadie sabía quién fue su padre.

La criaron temiendo en lo que aquella tierna criatura se podía convertir por ser la séptima hija de la séptima hija de quien la amamantaría para verla crecer, su abuela; la madre

de quien fue su madre; y desde que cumplió quince años, sin haber estudiado con su anciana abuela aquellas artes, ni con nadie, ni haber hecho nada para conseguir desarrollar esos conocimientos era la adivinadora más visionaria, pese a ser la menor, de todas sus hermanas o tías que los ancianos de su clan habían conocido o de quien habían oído hablar: echaba las cartas y entendía lo que decían los huesos, adivinaba el porvenir contemplando las hojas de los árboles o escuchando el susurro de los riachuelos; y veía en todo ello los confusos párrafos de la vida de quienes se lo hubiesen pedido; si leía las líneas de una mano el dueño de aquella quedaba marcado por su futuro y a veces odiado por su pasado. Era una joven, pese a todo pero aunque no por ello, vulnerable, delicada, de aspecto indeciso al carecer de la necesidad de tener que decidir lo que estaba bien o mal ya que ella era en sí misma su propia forma de vida y su predestinado futuro; y no de mucha estatura: de facciones siempre aniñadas y piel sumamente clara, por ello la llamaban Clara Luna, pese a la negrura de sus cabellos ensortijados y pasar al aire libre bajo el sol la mayor parte del día. A los ojos de los desconocidos se diría que parecía pedir auxilio con la mirada pero al cruzarse la radiante luz de sus nocturnos ojos con la de sus visitantes, ya sean hombres o mujeres en busca de sus adivinatorias artes, o la de los animales salvajes de los bosques, las sombras de la duda los dominaba a todos, animales o humanos; o como algún desdichado pensó para abusar de ella y robarle el sofocante ardor de sus labios, sus destelleantes pupilas desvanecían la voluntad de quien pretendía someterla por la fuerza. Llegaba a tal punto la innata voluntad de sus actos y la dominación de sus impulsos, la mayoría de las ocasiones sin ser consciente de ello, que aquellos que la rodeaban, hasta los que se creían de su propia estirpe se sintieron indefensos ante el abrumador avance de sus conocimientos, su creciente poder sobre cuanto la rodeaba, sus pasos,

sus sentimientos que podían ser de afecto o de odio, y por ello generosos hacia quien la rodeaba o mortales para quienes la irritaban; o los actos que infundían aquella zozobra a su alrededor y la hacían vivir casi como una apestada entre los suyos; una paria entre los parias, de la que había que alejarse para no perecer bajo sus siniestros influjos: pero al mismo tiempo de la que todos, tanto hombres como mujeres querían obtener, por aquel mismo magnetismo sus favores sexuales amén de sus secretos más ocultos; tan ocultos que solo quienes la veían desde el exterior de su propio ser concebían en ellos, sin que ella los conociese aún, los poderes nigrománticos con los que los hacía caer sin remedio entre los lazos de su feroz belleza, o tal vez entre las invisibles fauces de su animal dominación sin límites. Entonces comprendió que solo haciendo que le temiesen la respetarían.

Durante el transcurso de los siguientes años, durante los largos ciclos vitales que la acompañaban, y las lunas que contemplaba con absorta admiración, su poder sobre lo que la rodeaba crecería hasta el punto de difuminarse sobre su propia esencia cual hoja que cae de la rama de un árbol para volver a crecer sin añorar vidas pasadas ni por venir; solo era un paso más hacia la muerte que la hacía renacer desde su misma extinción otoñal para volver a florecer cada vez con mayor fuerza, con mayores ansias por sentirse viva; con más reconocido poder.

En cierta ocasión, años atrás, pese a su juventud pero habiendo perdido la cuenta de sus años de vida; tras poseer durante una interminable noche de sexo a cuantos desconocidos se acercaban a ella buscando su incierto placer desconocedores de sus hipnotizadores instintos; y creyendo que ellos llevarían la voz cantante o la voluntad dominadora durante esos esporádicos encuentros, después de la desenfadada orgía sin fin en la que no encontró satisfacción con ninguno de sus amantes pese a haber yacido bárbaramente